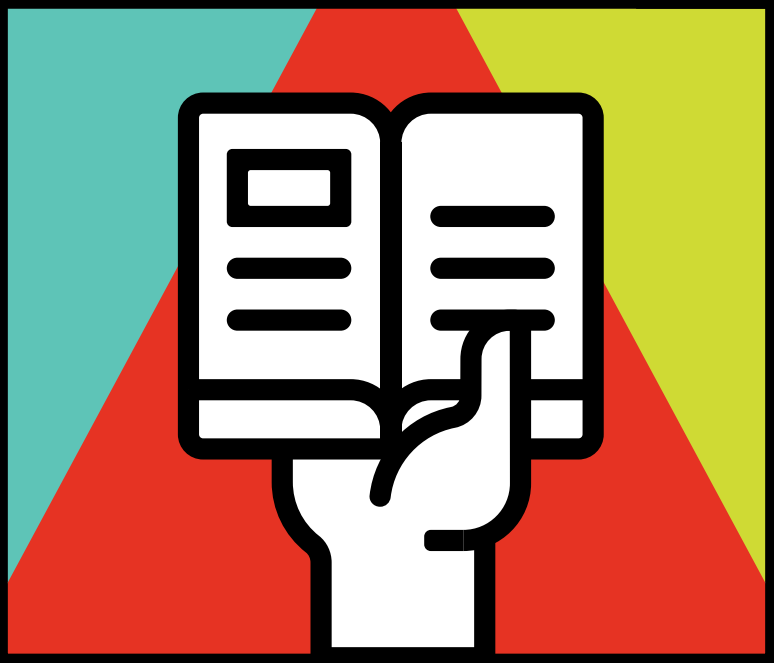


PRIMER CONCURSO NACIONAL  
DE CUENTOS DE LA INDDHH

# CONTANDO DERECHOS

Categorías 1 y 2: niñas, niños y adolescentes

1



Institución Nacional de  
Derechos Humanos y Defensoría del Pueblo

**Consejo Directivo de la Institución Nacional  
de Derechos Humanos y Defensoría del Pueblo:**

Mariana Blengio Valdés

Juan Faroppa

Mariana Motta

María Josefina Plá

Wilder Tayler

**Área Educación**

**Directora**

Dra. Mariana Blengio Valdés

**Equipo técnico**

Proc. Leticia Alcarraz

Dra. Gabriela Brunetto

Trab. Soc. Mag. Claudia Kuzma

Psic. Mag. María Celia Robaina

**Diseño**

Manosanta desarrollo editorial

**Ilustraciones**

Verónica Leite

**ISBN**

978-9915-9316-5-4 (versión impresa)

978-9915-9316-6-1 (versión digital)

**Imprenta**

Mastergraf / Depósito legal:

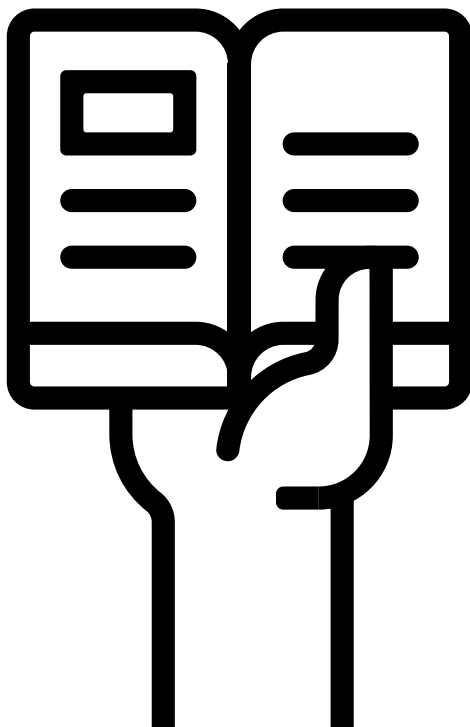
El Concurso Nacional de Cuentos fue declarado de interés educativo por Resolución N.º 21 de 28 de abril de 2020 de ANEP.

Los textos de la obra son de entera responsabilidad de las y los autores y no representan la opinión de la INDDHH.

PRIMER CONCURSO NACIONAL  
DE CUENTOS DE LA INDDHH

## **CONTANDO DERECHOS**

Categorías 1 y 2: niñas, niños y adolescentes





# Prólogo

La presente obra se enmarca en la convocatoria al Concurso Nacional **CONTANDO DERECHOS** promovida por la Institución Nacional de Derechos Humanos y Defensoría del Pueblo en el año 2020. Su contenido es resultado de un proceso de difusión y promoción de derechos que venimos llevando adelante como eje transversal del Área de Educación del organismo. Este camino transitado en el presente año recibió un destacado conjunto de variados aportes, de los cuales resultaron ganadores los que aquí se presentan.

Como podrá apreciarse, las temáticas abordadas en estos cuentos especialmente elaborados por niñas, niños y adolescentes son muy diversas y albergan una perspectiva diferente de los derechos, los deberes y las libertades de los seres humanos. Nutridos de magia y dedicación, estos relatos se han transformado en una invitación a la reflexión crítica de las realidades que nos interpelan en nuestra vida cotidiana, tanto en lo personal como en nuestro vínculo con los demás.

En el marco de los cometidos de la ley que creó la INDDHH en el año 2008, la promoción de los derechos humanos comprende en toda su dimensión la información y difusión de la forma más amplia posible de los derechos, deberes y libertades. Por tal motivo, a partir de estos años hemos venido proyectando estas iniciativas, haciendo tangible la preocupación del legislador basada en la necesidad de que instituciones como esta, creadas en el ámbito de la protección

no jurisdiccional de los derechos humanos, promuevan espacios para escuchar lo que piensan y sienten las personas, sin exclusiones. Para, con ello, revalorizar sus palabras y modos de ver el mundo, de forma que podamos materializar la búsqueda de estrategias de incidencia que puedan transformar la sociedad y hacerla más justa.

En este caso particular, las infancias y las adolescencias se han expresado libremente, interpelándonos en función de sus sueños, alegrías, tristezas y diversidades nutridas de colores y texturas. En esta expresión, que parte de nombrar las cosas y los sentires, se gesta la existencia de este conjunto de relatos que es portavoz de muchos otros que hemos recibido y que, todos juntos, permiten palpar la expresión más pura del sentir y el vivir de los más pequeños. Los relatos de niñas, niños y adolescentes que hoy presentamos han puesto palabras a los sueños y a las luchas, transitando por lo que duele y hace feliz.

Somos conscientes siempre de la necesidad de escuchar a la niñez y la adolescencia, para entenderla desde su lenguaje, distinto al de los adultos. Y así hacer visible estas voces que arrojan auténticas construcciones que, desde el relato, también pueden y deben transmitir la cultura.

Este libro es un aprendizaje que nos interpela sin edad y sin tiempo, descubriendo un mundo que con palabras distintas pretende arrojar imperativos escritos desde el juego, redescubriendo el mundo de los derechos humanos a través de la narración y la metáfora. En estas voces está el susurro, el llanto, la risa y la palabra suave de aquel que nos invita al desafío de construir una ciudadanía que parte del

respeto a la dignidad en la vida y grita desde este discurso silencioso el derecho a ser respetados en sentires, ideas y pensamientos como máxima de proyección universal.

Con estas palabras queremos agradecer a los autores y, a partir de ellos, a todos los que a través de este espacio CONTANDO DERECHOS han contribuido a enseñar los derechos humanos a través del relato.

*Mariana Blengio Valdés*  
Directora INDDHH y Defensoría del Pueblo

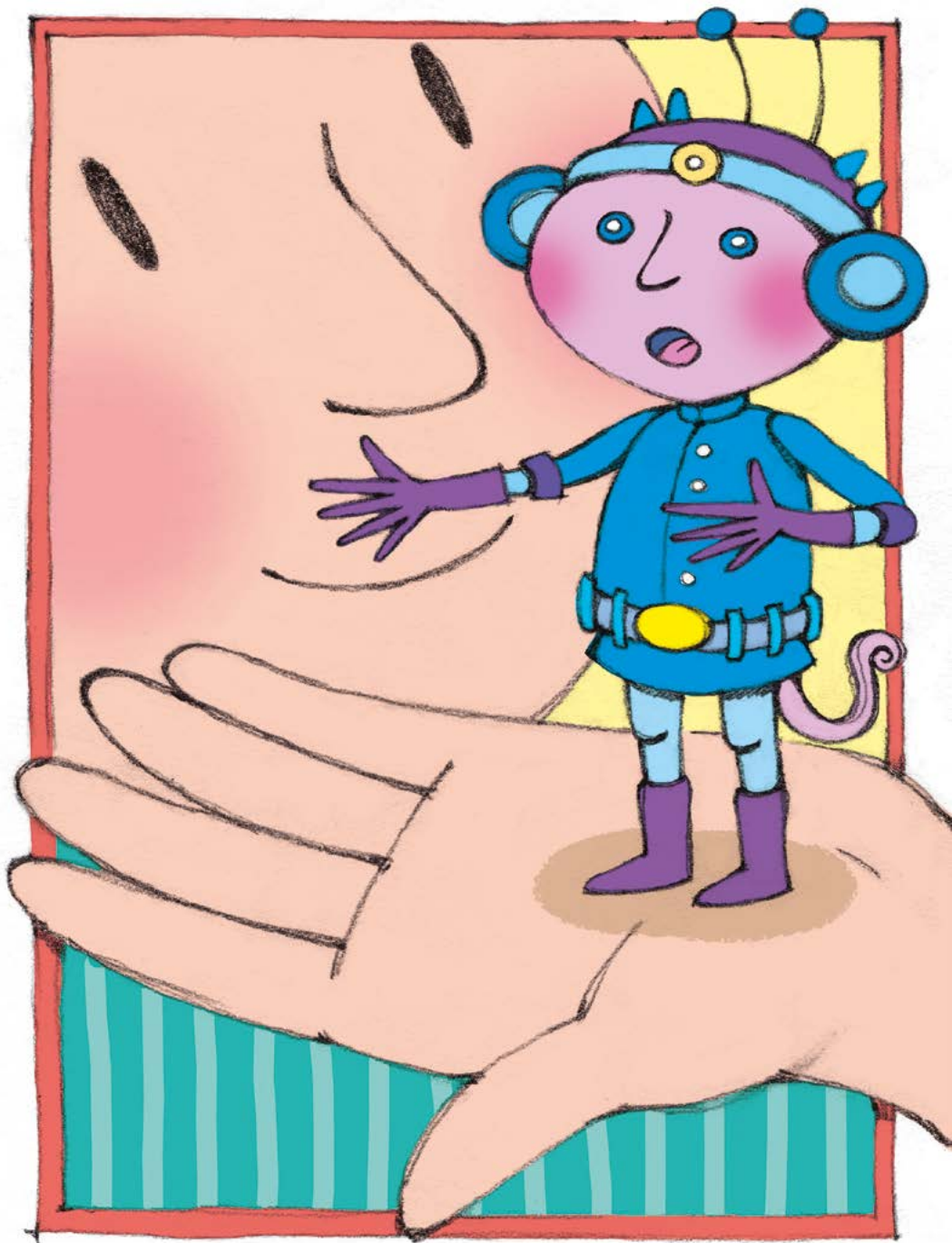




# CONTANDO DERECHOS

Categorías 1: niñas y niños





## Derecho por el camino

Riiiiiiiiiiiiing... sonó el despertador, el que el abuelo le regaló a Felipe cuando cumplió los once. «Ya estás grande», le dijo con orgullo cuando se lo dio.

En el pasillo se sienten unos pasos. Es su mamá que viene a despertarlo. Felipe se tapa con la frazada fingiendo no estar, pero su mamá siempre se da cuenta y le dice dulcemente: «A despertarse, dormilón, es hora de ir a la escuela. Vamos, Feli, se te hace tarde». «Odio los lunes, y sobre todo cuando tengo que dar la lección en la clase», se repetía Felipe mientras intentaba despegarse la almohada de su cara llena de lagañas, y con tantas ganas de quedarse ahí, calentito en su cama, en su universo.

El otoño en Villa Camino estaba siendo cruel, repetía el abuelo Pepe cuando sacaba a pasear por las callecitas del pueblo a Coco, el cachorrito de la casa, y siempre le hacía poner a Felipe la bufanda y el gorro de lana que le había tejido su abuela María.

El aroma al café con leche de su abuela logra que al fin Felipe se tire de la cama. Ya de pie patea unas medias y recuerda... «hoy tenemos partido durante el recreo con los de sexto», y piensa qué suerte que su madre lo convenció anoche de ducharse. Solo se saca el pijama y se pone el equipo deportivo, cuando su mamá ya entraba en su cuarto por tercera vez. «Sorpresa», le dice Feli, «ya estoy listo para el desayuno», y para el enooooorme beso de todas las mañanas de su mamá. «Buen

día, Feli, a peinarse». Felipe le contesta: «Si, ma, ya voy», y corre al baño, se lava los dientes y se moja con agua el jopo frente al espejo, y corre a la cocina. Allí su abuela María lo espera con tostadas con dulce de leche y el café con leche con mucha azúcar como le gusta a él. Lo toma de tres sorbos, lava la taza y agarra una tostada, se pone la túnica y, antes de salir, le da un beso a su abuela, quien le acomoda la moña y le pone un bombón en su bolsillo, mientras su mamá le dice:

«Tené cuidado, anda derechito por el camino, y tranquilo, te va a ir muy bien en la lección, estudiaste mucho ayer». Feli contesta: «Sííí, nos vemos, las quiero muchooooo».

En realidad, Felipe está muy nervioso. Mientras camina, intenta recordar la lección: «Derechos y responsabilidades de los niños y niñas... Ufff, no me acuerdo de nada».

De repente, una luz muy brillante cruza el cielo y un fuerte golpe al lado del camino, como si cayera una piedra, llama la atención de Felipe, que primero se asusta, pero luego le despierta curiosidad, va hacia ese lugar...

Lo que escucha no lo puede creer. Una voz le habla, pero él no ve a nadie. ¿Cómo puede ser?, ¿de dónde viene la voz?, ¿quién le está hablando?

La voz le indica: «Dos pasos largos a tu derecha, tres hacia adelante, eyyyy, más chicos, casi me pisas». Continúa diciendo la voz: «Mira hacia abajo, si acá, al lado del cardo, ojo que te pincha, a mí ya me lastimó». Felipe obedece, por momentos piensa que es una broma. Seguro lo están filmando sus amigos con el celular, detrás de algún árbol. Pero lo que ve...

Un ser muyyyyyy chiquito, que cabe en la palma de su mano, color púrpura su cuerpo, manos y pies, azules sus antenas que se mueven cuando Felipe escucha la voz en su cabeza. De pronto, ambos se miran. «Gracias», le dice el pequeño ser a Feli, «soy Ergo, vengo del espacio, mi nave se quedó sin combustible, creo que aquí en tu planeta le llaman chocolate. Mi nave se golpeó contra un meteorito, yo fui expulsado y necesito me ayudes a encontrar mi nave, por favor».

«¿Cuál es tu nombre?». Felipe está sorprendido, lo mira fijo. «Felipe Cardozo», le dice en susurros. Él quisiera llamar a sus amigos, contarles, sobre todo a su abuelo, decirle que sus historias eran reales...

«No, no, no», le dice Ergo, «esto tiene que ser nuestro secreto, en tu planeta no lo entenderían, van a querer capturarme, y yo necesito regresar con mi familia».

Feli entiende; sosteniéndolo con su mano, le cura la pequeña herida con una gota de su alcohol en gel y lo esconde en el bolsillo de su túnica.

Felipe casi se olvida, tiene que volver al camino, ir a la escuela, dar la lección y además no le puede fallar a Toto, a Martina y a Facu con el partido contra los de sexto.

«¿Escuela?», le pregunta Ergo, que obviamente le lee la mente.

«Sí», le responde Felipe, «allí vamos todos los niños y niñas a aprender cosas nuevas y muy interesantes, nos enseñan a ser mejores personas y en el recreo jugamos y nos divertimos mucho. La educación es un derecho, Ergo, para todos, durante toda la vida».

Y así siguieron charlando, sin darse cuenta se hicieron amigos, y Felipe prometió ayudarlo a encontrar su nave a la salida de la escuela.

Ya se encontraba frente a sus compañeros de clase... seguía muy nervioso pero comenzó a hablar de a poco, las mismas cosas que le había explicado a Ergo por el camino: el derecho a la educación es... Su confianza aumentó, la maestra lo felicitó y le regalaron un lindo aplauso todos sus compañeros. «Qué bien que estuviste», le dijo Toto, y así sonó el timbre para salir al recreo.

Ergo se asustó un poco con el bochinche que había en el patio, entonces se asomó por el bolsillo y comenzó a hacerle muchas preguntas que Feli contestaba como podía, ya que estaba atendiendo a quién traía la pelota y cómo se armaban los equipos para el partido.

«¿Cómo explicarle por qué es tan importante el fútbol?», pensaba Felipe mientras se daba cuenta de que les faltaba un jugador para su equipo. El fútbol es diversión, competencia y cooperación, está de más.

Mientras el partido no comenzaba, no se ponían de acuerdo, entonces Ergo le señaló a un niño que estaba sentado, mirando desde lejos y le preguntó quién era.

«Es el niño nuevo, es medio raro», le contestó Felipe al pasar, ya que no quería distraerse de lo que sucedía en la cancha. «¿Por qué no lo integran al juego, con ustedes, en su equipo? ¡Quizás quiere participar!», le dijo Ergo. Feli lo consultó con Martina, que era la dueña de la pelota, y con los demás de su equipo. «Vamos a invitarlo», dijo Toto. «Yo le digo», dijo Facu.

Y comenzó el partido. Nunca se imaginaron que a ese niño, que se llamaba Mateo, le gustara tanto jugar al fútbol, y que ese día sería la figura del recreo. Tres goles le hicieron a los de sexto.

Así ingresan al salón de quinto, todos contentos, y en un rato suena el timbre. Es la salida.

Como siempre Coco, su perro, lo espera en el portón de la escuela, moviendo su cola. Lo saluda. Feli le dice «vení, Coco, necesito tu superolfato».

Felipe comienza a caminar por el camino hacia donde cree puede estar la nave. Allá adelante Coco se para, de repente, y olfatea, es ahí.

Detrás de unos cartuchos Feli ve algo parecido a un plato de sopa, mueve las flores y sí, ¡allí está la nave de Ergo!

«Pero... ¿y el combustible?», le pregunta Ergo, y Felipe recuerda el bombón que su abuela le puso en el bolsillo, lo busca y sí, allí está, un poco derretido. Saca a Ergo de su otro bolsillo y lo baja con su mano y le entrega un pedacito de su bombón. Este lo coloca en un pequeño agujero de su nave, esta prende muchas lucecitas de colores, como árbol de navidad.

Es la hora de la despedida. Ergo le da las gracias, Feli le dice que jamás lo olvidará, porque a pesar de ser tan diferentes supieron compartir momentos muy lindos.

Así, Ergo sube a su nave y desaparece en el cielo. Feli vuelve al camino, rumbo a su casa, se come el otro pedacito de bombón mientras su corazón late fuertemente, y siente una gran felicidad.

Riiiiing, sonó el despertador, ¡a despertarse dormilón!

**Ariela Silvera, 9 años**

**Romina Mederos, 12 años**

**Tatiana Mederos, 10 años**

Seudónimo: Todos Juntos 19, Montevideo

ISABELA





## Los derechos de los niños en tiempos de pandemia

Isabela González es una niña de 12 años que vive con sus padres, su abuela y sus tres hermanos.

En marzo llegó el coronavirus a su país (Uruguay); y entonces no se pudo más salir a la calle; las personas se tuvieron que quedar en cuarentena y para salir afuera tenían que mantener distancia unas con otras y usar tapabocas.

Un día se despertó y era una mañana relinda, con mucho calor; un sol radiante se asomaba por la ventana de la sala. A Isabela siempre le había gustado observar por la ventana su callecita, ver a la gente yendo y viniendo, a las vecinas chismoteando, a las niñas jugando en la placita de enfrente, a los niños jugando a la pelota y otros andando en bicicleta o saltando la cuerda, pero esa vez no había nadie en la calle, apenas pasaban unos pocos autos.

Con la única amiga que podía hablar era con Charlotte, que vivía al lado de su casa y lo hacían a través de sus ventanas porque sus cuartos quedaban uno enfrente del otro.

La tristeza la invadía porque no podía ver a muchos de sus familiares, solo a su abuela porque vivía con ella.

La abuela le contaba que nunca había vivido una pandemia y todas las noches le leía un cuento diferente. Una noche le tocó el turno a

«Las mil grullas», una leyenda japonesa que cuenta la historia de una niña de Hiroshima. La historia la conmovió tanto que ese día Isabela decidió que sería por siempre su cuento favorito.

Pablo, Daniel y Mateo, sus tres hermanos menores, siempre querían salir de la casa pero Isabela no los dejaba porque no se podía salir a las calles. Pablo era chiquito, no entendía y se enojaba; Mateo, que era un poco más grande, se ponía muy triste y Daniel, que era el más grande de los tres, lo entendía y se iba callado al cuarto. Esta situación se repetía día tras día, cada mes de la cuarentena.

Un día Isabela miró por la ventana y notó que algo había cambiado, que se notaba un poco más de gente en la calle pero todos llevaban tapabocas. Quedaba rara la gente con la cara tapada, pero por lo menos podían estar al aire libre.

Isabela extrañaba ir a jugar a la placita, andar en bicicleta con sus amigas, salir a comprar chicles al quiosco de la esquina o jugar a la pelota en la vereda con sus hermanos, pero todo estaba prohibido por eso del coronavirus.

Ni siquiera a la escuela se podía ir porque la habían cerrado hasta nuevo aviso. La vida se había convertido en muchos «no se puede» y aquellas cosas que a los niños hacían felices se habían convertido en peligrosas.

Al pasar los días esa tristeza que la invadía empezó a ser más profunda, ya no tenía ganas y ni ella entendía qué era lo que le pasaba.

Las clases empezaron a ser a través de las plataformas virtuales y, cuando tenían videoconferencias, en la casa de Isabela se complicaba mucho porque eran cuatro niños y tenían solo dos computadoras.

También esta situación se convirtió en un problema, y las ganas de Isabela se iban perdiendo cada día más.

Pero un día llegó la noticia de que se podía empezar a salir, con cuidado. La niña aprovechó para visitar a sus tíos y sus primos. Esa tarde jugaron a muchas cosas: jugaron a la pelota, a las muñecas, corrieron por el jardín y la risa empezó despacito otra vez a aparecer en la cara de los niños.

Después de tres meses volvieron a abrir las escuelas y los niños podían volver cumpliendo con los cuidados necesarios. No era obligatorio y no podían ir todos juntos pero algo era algo, y la noticia la puso más que contenta.

La abuela les regaló unos marcadores nuevos porque eso iba a ser como una vuelta a clases para todos ellos.

El mayor sueño de Isabela en ese momento era que se terminara esa pandemia y pudiera volver a tener una vida de niña normal como antes. Disfrutar de salir a jugar a la calle, de visitar a sus familiares, de poder ir a la escuela y compartir con todos sus compañeros; pero sabía que todo eso aún no era posible.

Entonces recordó el cuento de las mil grullas, que seguía latente en su corazón y pensó: «Hoy estamos mejor que ayer, y mañana seguramente mejor que hoy».

Una nueva sonrisa apareció en su cara y decidió escribir esa frase en un diario personal que había empezado al comienzo de la cuarentena.

**Martina Fernández**

Seudónimo: Martu, 11 años, Montevideo

Sofia



## El sueño de Sofía

El Montevideo de hace casi 200 años atrás era muy distinto al que conocemos hoy en día. Las calles de piedra y tierra, con poca o casi nada de luz por las noches y casas bajas, hechas de piedra o de barro y cuero, daban lugar a que la vida de los pobladores fuera de manera tranquila y silenciosa, después de haber estado años peleando y de conflicto en conflicto.

Claro está que no todos vivían de la misma manera ni disfrutaban de la ciudad por igual. Ese era el sentimiento de Sofía, una joven de unos 12 años que vivía junto a su familia y ayudaba a su madre en todas las tareas de la casa desde que salía el sol hasta que se ocultaba, sin descanso ni tiempo para hacer lo que más le gustaba a ella y era su mayor sueño, aprender a pelear como una guerrera.

En esta ciudad, los únicos que podían ser guerreros eran los varones y de eso no había discusión. Las mujeres solamente podían dedicarse a las tareas de la casa, cuidar de la familia y pequeñas tareas relacionada a esto. Pero Sofía no quería hacer solamente eso, quería aprender y convertirse en una gran guerrera. Pensaba que, en alguna parte, debía de haber otras chicas que quisieran ser guerreras, o herreras, o carpinteras... todos esos oficios que estaban destinados los hombres a hacer.

Cuando decía que quería ser guerrera, se reían de ella. «¿Vos vas a ser una guerrera? Pero si eres tan delgada como un fósforo, y llevas

siempre vestidos tan largos hasta los pies, que seguro que si quisieras correr te caerías enseguida». Pero Sofía no le hacía caso a esto y seguía como si nada, pensando que llegaría el momento de cambiar las cosas. Cuando nadie la veía, copiaba los entrenamientos que aprendían sus hermanos, y practicaba con algunas espadas viejas que encontró tiradas en una esquina de la herrería de su padre y que sus hermanos no usaban más.

Una mañana muy fría de invierno, toda la ciudad se levantó con una alerta que sonó tan fuerte que no hubo nadie que no se enterara. Se acercaban invasores por el norte de la muralla de la ciudad, de forma tan rápida y segura que no tardarían más de una semana en llegar al centro de la ciudad. De inmediato, todos los hombres aprontaron armas y se dirigieron a defender sus tierras.

Nada más fue salir el grupo de hombres de las puertas de la ciudad, los invasores empezaron a festejar que su plan había resultado tal como querían: que la ciudad quedara desprotegida para poder hacerse con ella de forma fácil, ya que no había nadie que la cuidara ni defendiera. Al llegar la noche, los invasores esperaron al grupo de hombres y los emboscaron, quitándoles todo lo que traían con ellos y haciéndolos sus prisioneros. Pero Sofía había visto todo lo que había pasado, ya que iba siguiendo al grupo a escondidas.

Al escuchar lo que pensaban hacer los invasores, Sofía regresó tan rápido a su casa que no podía ni respirar cuando llegó. Enseguida fue a buscar a otras mujeres y jóvenes para contarles lo que sucedía. Con tanta energía y entusiasmo habló, que animó e insistió que, si todas juntaban fuerzas, podían defender su ciudad de forma

exitosa. Las demás mujeres al principio dudaron, pero hablando entre ellas llegaron a la conclusión de que la joven tenía razón: juntas eran las únicas que podían evitar una invasión. De esta manera se empezaron a organizar, juntando todas las armas que encontraron en la ciudad, formando grupos y aprendiendo de forma veloz cómo usarlas.

Al cabo de unos días, los invasores llegaron a la ciudad. Pero nunca se imaginaron lo que les esperaba: un grupo de mujeres, liderados por una jovencita de pelo negro, con una trenza larga que no le daba miedo enfrentarse a ellos. Mientras peleaban las guerreras, el grupo de hombres que había logrado escaparse se unió a ellas para poder vencer a los invasores. Y así lo lograron.

Después de esto, los hombres se pusieron a reflexionar lo que había ocurrido. Se dieron cuenta de que tenían que buscar una forma de terminar con las diferencias que existían entre las mujeres y los hombres. Llegaron a la conclusión de que las mujeres podían y debían poder estudiar y formarse en lo que ellas quisieran, sin que nadie las obligara a nada. Que era necesario que se respetaran sus opiniones, y que su voz tenía que ser escuchada al igual que la de cualquier otro ciudadano de la ciudad.

Para celebrar la victoria se hizo una gran fiesta en la plaza de la ciudad, donde todos los habitantes se pusieron sus mejores ropas y salieron a festejar. Como reconocimiento al liderazgo de Sofía al frente de las mujeres, la máxima autoridad de la ciudad la reconoció como una guerrera, mejor dicho, como la primera guerrera de la ciudad de Montevideo.

De esta manera Sofía, con una sonrisa tan grande que le dolían los cachetes, pudo cumplir su sueño.

Colorín colorado, esta historia... no termina acá. Con el paso de los años, vinieron otras Sofías que empezaron a luchar por tener más derechos y menos diferencias con los hombres, más beneficios e igualdades, en tener el poder de decidir sobre sus familias, propiedades, en poder acceder a la educación y en las decisiones políticas del país.

Hasta hoy en día existe alguna Sofía que sigue luchando por lo que falta aún por obtener.

**Johan Manuel Salvo**

Seudónimo: Juanito, 12 años, Montevideo



# **CONTANDO DERECHOS**

Nuevo Club de Niños La Tablada, Salto

MARIBEL



DIVERSARSE

CORRER

JUGAR

## Maribel, la niña que no podía jugar

Había una vez una niña llamada Maribel. Vivía en una esquina, cerca de una rotisería, con sus papás y su hermano Mateo.

Maribel tenía muchos amigos. Ellos siempre salían a jugar, pero a ella sus papás no la dejaban salir de la casa a jugar.

La niña pasaba las tardes sola, aburrida y con ganas de salir a jugar.

Un día le contó a su maestra que sus papás no la dejaban salir a jugar con sus amigos en el barrio. La maestra le contó que jugar es un derecho que tienen los niños.

Cuando llegó a su casa les contó a sus papás lo que la maestra le dijo. Desde ese día Maribel jugó feliz con sus amigos.

Fin

**Milly Caballero**

Seudónimo: Miss Super Maravilla, 7 años, Salto

MATEO



## Mateo quería tener una familia

Mateo era un pequeño niño que vivía en un orfanato. Tenía 10 años y estaba ahí desde que nació. Todos le daban razones diferentes de por qué su mamá lo había abandonado, pero a él ya no le importaba el porqué; solo de pensar que siendo tan chiquito se separó de su mamá lo ponía muy triste.

Pasaban los años y nadie lo adoptaba. Cada vez que iba una familia en busca de un niño, Mateo se bañaba y se ponía su mejor ropa, hasta se perfumaba, pero nunca era elegido.

Mateo era muy bajito, morocho y de ojos saltones, era divertido y le gustaba jugar al fútbol, lo hacía muy bien.

Un día llegó al orfanato una familia buscando a un niño. Quienes estaban a cargo dijeron que tenían un niño que era chiquito y que hacía tiempo estaba ahí.

Ellos decidieron conocerlo. Cuando lo vieron fue amor a primera vista. Ese niño tan simpático enamoró a esos papás, así que ese mismo día juntaron las cosas de Mateo y se fueron a un nuevo hogar.

Su nueva familia lo amaba y él a ellos. Le dieron la oportunidad de tener una familia, lo cuidaban, lo protegían y permitían que Mateo fuera feliz jugando con amigos.

Una tarde jugando al fútbol Mateo se cayó. De inmediato su mamá y su papá lo llevaron al hospital. Mateo se sintió protegido y amado.

**Camila Calvo**

Seudónimo: Esmeralda 11, 11 años, Salto

LUPE



## Lupe

En un pueblo lejano vivía Guadalupe, una hermosa niña morenita y de ojos café. Lamentablemente ella era discriminada por su color de piel.

Lupe tenía una amiga imaginaria que se llamaba Luciana. Que la acompañaba en sus horas de juego.

Un día, Lupe le dijo a su mamá que iría al parque con su amiga Luciana. El papá le preguntó: «¿Quién es Luciana?». Y Guadalupe respondió: «Es mi amiga».

El papá y Macarena, su madre, la llevaron al parque. La mamá le dijo: «A las 12:30 te vengo a buscar». «Sí», dijo la niña. Pero cuando Lupe fue a jugar estaban Diana, Liliana, Jesica y otros niños, le empezaron a pegar y le decían cosas muy feas.

Lupe les dijo: «Miren, allá viene mi amiga y me va a defender». Diana le dijo a Lupe: «Miren, además de negra, todavía loca».

Todos los otros niños se reían de Lupe.

Lupe les dijo: «Dejen de reírse de mí. Mamá va a venir y le voy a contar que ustedes me molestan».

Todos los niños la amenazaron. Vino su papá a buscarla y su papá le preguntó: «¿Cómo te fue en el parque?».

Lupe no le contó a nadie y cada noche lloraba por lo que le habían hecho en el parque y aprendió que no se debe hacer sentir mal a nadie, que todos somos diferentes pero que no hay que discriminar.

**Luján de León**

Seudónimo: Lola, 7 años, Salto

SANTIAGO





## El niño perdido

Había una vez un niño que no tenía nombre, vivía solo en un parque.

Un día, una señora llamada Floreira iba caminando con su perro por el parque y se encontraron con un niño, que estaba jugando solo en los árboles.

Ella lo llamó y le preguntó su nombre, pero el niño no le respondió, porque no sabía cómo se llamaba.

Floreira le contó que tenía que tener un nombre, que todos los niños del mundo tienen un nombre y él también tenía que tener uno.

Él se puso a pensar, y se dio cuenta de que nunca había tenido un nombre. Entonces, junto con la señora, eligieron un nombre.

El nombre que eligieron es Santiago.

Fin

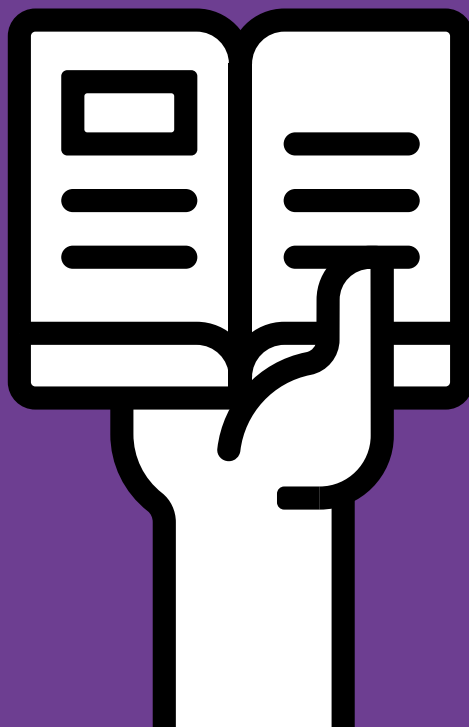
**Matías Ustra**

Seudónimo: Flash, 7 años, Salto



# CONTANDO DERECHOS

Categoría 2: adolescentes





## Todos

—Y entonces, ¿qué es lo que hacen allí? —nos preguntó Manuel, contento y con intriga.

\*\*

Con Magalí lo habíamos conocido hacía solo dos meses, cuando empezó tercero en nuestro grupo; pronto se había convertido en un amigo cercano. Ser nuevo en el liceo no siempre resultaba fácil, pero desde el primer día nos acercamos a él para conversar.

Era amable y considerado, por lo cual ese día decidimos contarle lo que Magalí y yo hacíamos por la tarde.

\*\*

—Bueno, Manu. Es un taller donde combinamos trabajos de costura con fotografía. Por ejemplo, a mí me enseñan técnicas fotográficas mientras otros van para aprender costura. Pero no cualquier costura, ¿verdad, Elena? —dijo Magalí, mirándome feliz y con misterio.

—Es verdad —confirmé yo—. Creamos trajes para luego utilizarlos y hacer *cosplays*.

—¿*Cosplays*? ¿Qué es eso? —preguntó confundido.

—Es cuando te disfrazas como un personaje de ficción. Es superdivertido, un día puedes ser un pirata, un hada, un personaje de videojuego, ¡o quien quieras! No solo aprendes costura, sino que cuando vas a utilizar tu traje también complementas con maquillaje y peinados o pelucas.

—Cuando ellos terminan su producción, nosotros aplicamos lo aprendido en fotografía haciendo tomas de sus creaciones—terminó Maga, orgullosa al recordar sus trabajos.

—Qué forma de expresar arte tan... tan... ¡particular! ¿No piensan hacer alguna presentación con sus trabajos?—indagó curioso y contento.

—Bueno, Manu; mira, una vez cada tres meses nuestros profesores organizan una reunión con familiares y amigos donde exponemos un video con las fotografías de nuestras creaciones—le confesó Magalí, feliz—. No es nada formal, pero el próximo sábado haremos la reunión y claro que estás invitado.

—Me parece genial y por supuesto que allí estaré, pero... ¿qué hay de un evento más grande? Como una presentación para el liceo o un concurso—nos preguntó.

\*\*

Maga y yo nos miramos. Claro que habíamos pensado en eso antes, pero...

—Claro que nos gustaría. Es lo que más nos gusta hacer en la vida. Pero tú sabes como son algunas personas. No es algo común como, no sé, la danza o el basquetbol; algunos pueden tomarlo para la gracia solo porque les llama la atención y sería incómodo pasar vergüenza por eso y, frente a tanta gente, un quemo, Manuel—le dije, muy apenada por lo que yo sabía que mis palabras significaban.

\*\*

Aquello me dolía. No poder mostrar al mundo de lo que eres capaz sólo por unas cuantas miradas burlonas es muy injusto. Quizás comentándolo con el equipo hubiéramos podido buscar una manera

para cambiar eso y generar más oportunidades para el taller. Sin embargo, lo que sucedió aquel sábado nos tomó por sorpresa.

Nos disponíamos como siempre a preparar la exposición previa del video. Con mis compañeros de costura le dábamos vida a nuestro *cosplay* favorito del momento, recibiendo a nuestros invitados vistiéndolos.

La temática de esos meses había sido la moda medieval, y ese vestido de princesa sí que se merecía ser la estrella de la presentación. Lo había combinado con una peluca lacia de castaño oscuro, a la que le realicé una pequeña trenza y un maquillaje en tonos violetas para que combinara con la tela.

Me sentía espléndida. Nada era mejor que verme con el buen resultado de mi esfuerzo, de mis aprendizajes.

Al salir vi a mis padres y junto a ellos a Manuel y Magalí esperando en las sillas. Todos se sorprendieron al verme.

Me alegraba cuando Maga se ponía en modo fotógrafa. Cambiaba completamente, pues disfrutaba de ropa muy colorida, holgada y accesorios artesanales hermosos. Decía que así se sentía más libre, más ella, y que eso se reflejaba en las fotografías. Era muy diferente a lo formal que lucía en el liceo.

\*\*

Pasamos una tarde hermosa. Todos habían quedado fascinados con nuestras creaciones y las novedosas tomas que se exhibían en el video.

Como vivíamos cerca del taller, regresamos caminando juntos a casa, y así Maga y Manu se quedarían un rato más. Cenamos juntos y nos divertimos.

\*\*

Lo que sucedió pasó a la mañana siguiente.

Domingo, 10 de la mañana, recibo un mensaje de Magalí en el que me enviaba una publicación perteneciente al perfil de Instagram de una compañera de clase, Lidia.

Nunca mantuvimos mucha relación con ella, ya que solía burlarse de los demás por lo que fuese y era muy cruel para dirigirse a las personas.

Cuando abrí aquella publicación se desplegó una imagen, tomada de prisa y algo a lo lejos, de nosotros caminando juntos a casa. No entendía por qué había publicado eso hasta que leí la descripción.

\*\*

«¡Extra, extra! Niñas de liceo juegan a los disfraces de la guardería. En esta imagen, la princesita Elena y su tierna compañera de aventuras, la hippie Magalí. ¿Quién es el chico raro? ¡Véanlo en el próximo capítulo de “Locos por la ciudad”!»

No hay palabras para describir lo que aquello me hizo sentir. Al parecer, más chicos del liceo lo habían compartido y seguramente se estarían riendo de aquel absurdo relato, completamente fuera de contexto.

Comencé a sentirme muy nerviosa. ¿Cómo iríamos ahora a clase? Seguramente en cuanto pusiéramos un pie allí las risas se escucharían desde muy lejos, o nos tomarían más fotos, o les contarían a todos para burlarse, o nos pondrían apodos, o... o...

¡Había tantas posibilidades!



Rápido pasaba de la tristeza al enojo. Ella no tenía el derecho de hacer eso.

¿Qué más daba si deseábamos vestir así, si nuestro pasatiempo no era el mismo que el de los demás?

Entre tantos pensamientos, llegó el lunes y debíamos volver a clases.

No entendía por qué Magalí no me estaba esperando a la entrada, pero aún así seguí caminando dirigiéndome al salón. Fue cuando la reconocí. Allí estaba aquella colorida mochila que tanto le gustaba, y ella se encontraba rodeada de otras chicas. ¿La estaban agrediendo?

Corrí lo más rápido que pude y me hice paso entre todas para intentar alcanzarla. Sin embargo, en el momento en que llegué a su lado se encontraba feliz y riendo, enseñando más fotografías a nuestros compañeras.

Fue muy extraño, pero en un instante todas me rodeaban a mí también.

\*\*

—¿Eras tú la de la foto, Elena?—me preguntó seria Micaela.

—Sí...—titubeé—. Sí—aseguré luego.

\*\*

No me iba a avergonzar, crear y lucir *cosplays* era lo que más me gustaba hacer y no iba a dejarlo de lado por lo que otros dijeran.

—Santo cielo, Elena. ¡Te veías como una auténtica princesa!—gritó emocionada—Magalí nos mostró más de sus trabajos, de verdad que son increíbles. No tenía idea que aquí en Uruguay existían talleres para eso, siempre deseé ser parte de uno. ¿Crees que podría ir con ustedes?

Micaela y muchas personas más me sorprendieron completamente aquel día. Para bien, esta vez. Muchos se acercaron a nosotras encantados con nuestras producciones, incluso algunos profesores.

Todos ellos nos alejaron de aquel miedo al rechazo que tanto nos había atormentado el día anterior, cambiándolo por un recibimiento muy cálido. Me ayudaron a recordar que todos tenemos derecho a disfrutar de las actividades que deseamos, vestir como más nos guste y vivir la vida a nuestro modo, sin avergonzarnos por ello.

\*\*

Miré a Lidia en su banco, con el seño fruncido y los auriculares con un rock a todo volumen. Dibujaba algo en su cuaderno. Siempre lo ocultaba cuando alguien se acercaba, pero yo alcancé a verlo una vez. De repente lo entendí.

Corrí de prisa hacia la entrada, busqué entre todos los folletos que los profesores colgaban en las carteleras y tomé uno en especial. Regresé rápido al salón y hice algo que ni yo sé cómo lo conseguí.

Me senté junto a Lidia, y coloqué frente a ella aquel folleto.

\*\*

—¿Sabías, Lidia, que todos tenemos derecho a la libertad de expresión? Lo que hiciste está mal. Pero mira, aquí dicen que buscan una baterista para la banda del liceo. Te he visto dibujar conciertos y sé que te gusta escuchar rock. Creo que comenzar a ser parte de eso te haría sentir mejor contigo misma y con los demás. Harías lo que te divierte y quizás así puedas entender que no hay nada de malo en ello. Todos tenemos ese derecho.

No me contestó, pero supe meses después que tocaría como baterista en la ceremonia de fin de año. Había borrado todas sus publicaciones groseras y en su lugar subía imágenes de sus ensayos.

El día de la ceremonia publicó una imagen de su batería, y en la descripción escribió:

«Gracias, talentosa y bondadosa princesa. Ahora entendí. #TODOS»

**Juliana Gil**

Seudónimo: SunnyLinn, 15 años, Mercedes, Soriano



MÚJERES

## La jauría

Cuenta la leyenda que, de vez en cuando, pasan cosas raras en el mundo. Que las personas se transforman, que la Tierra parece sacada de un libro de fantasía y que, luego, nadie se acuerda de lo que pasó. Cuenta la leyenda, quién sabe hace cuánto tiempo, o dentro de cuántos años, un 7 de marzo la calle estaba como cualquier otro séptimo día del tercer mes. Los barrenderos barrían, el afilador de cuchillos afilaba cuchillos, y todo el mundo estaba donde tenía que estar. Las cosas funcionaban como lo hacían siempre.

Una niña festejaba su onceavo cumpleaños, vistiendo sus pantalones cortos favoritos. Una madre le daba un beso a su hija por su cumpleaños, y un tío le preguntaba a la madre de una niña que vestía sus pantalones cortos favoritos cuándo comenzaría a depilarse. La niña del cumpleaños escuchaba a su tío, y se miraba las piernas, con una de esas caras feas que se ponen cuando uno escucha algo feo. Pero, según la niña del cumpleaños, no tan feo como la sonrisa de su tío, la cual enseñó sin vergüenza cuando dijo, sin ningún tipo de pudor, unas palabras que sonaron en la cabeza de la niña como algo tan pero tan feo que casi le hicieron acordar a aquella vez que su gato vomitó sobre la alfombra: «¡Vas a parecer un hombre lobo!».

Cuenta la leyenda que un 7 de marzo hacía calor. Y que, mientras una niña festejaba su cumpleaños, en otra parte una muchacha se preparaba para ir a la playa. Y estaba entusiasmada, pero cuando

pasaba en frente del espejo se le borraba el entusiasmo. Evitaba mirarse porque no sabía qué excusa ponerles a sus amigas para no ir. Porque sí quería ir, pero solo si no había mucha gente. O si no la miraban. O si eran todos ciegos. La muchacha que se llevaba mal con los espejos se armó de valor. Y salió para la playa, se encontró con sus amigas, y ninguna pareció decirle las cosas que su espejo le decía. Se olvidó de los espejos por un rato, nadó en el mar, caminó por la orilla. Una orilla que un rato más tarde iba a tener un sabor amargo y difícil de olvidar porque, cuando la muchacha caminaba, una brisa salía desde un grupo de gente sentado en la arena, y transportaba una frase para dejarla reposar en los oídos de la muchacha que se llevaba mal con los espejos: «Qué valiente esa mujer para ponerse eso, la hace quedar como un elefante».

Se dice que el mismo día que una niña festejaba su cumpleaños y una muchacha se aprontaba para ir a la playa, una mujer tenía ganas de besar. Y, en una reunión con bastante gente, había quienes tenían el mismo deseo que la mujer, e incluso un hombre que quería besar a la mujer que tenía ganas de besar. Y se encontraron, y luego de un rato de conversar se apartaron un poco de la multitud. Y finalmente se besaron. Y la mujer que tenía ganas de besar, luego quiso hacer algo más. Algo que el hombre que la besaba también quería hacer con la mujer que quería hacer algo más que besar. Y sus deseos se encontraron, y sucedió lo que ambos deseaban. De una forma u otra, en la reunión en donde se encontraban quienes hicieron suceder lo que ambos deseaban que sucediera, hubo quienes se enteraron de que se besaron, y quienes se enteraron de que hicieron algo más que

besar. Hubo quienes le guiñaban el ojo al hombre que besó, y quienes lo consideraban un campeón, quizás del campeonato de hombres que hacen algo más que besarse con mujeres. La mujer que lo había llevado a galardonarse de campeón pensaba que era divertido, que luego le tocaría a ella ser idolatrada, quería ser la campeona del campeonato de mujeres que hacen algo más que besarse con hombres. Pero en la reunión parecieron olvidarse de que el primer puesto era compartido. Y la mujer que no fue coronada como campeona fue mirada con desprecio. Fue juzgada y observada en la reunión como si hubiera cometido un delito. Pero ella no había hecho eso, había hecho exactamente lo mismo que el campeón. El campeón no tuvo que esconderse en el baño para evitar las miradas de desprecio, la mujer que más temprano había tenido ganas de besar sí. Y el campeón tampoco tuvo que secarse las lágrimas antes de salir del baño porque mientras se escondía en él escuchó, atravesando la puerta como cuchillos, a alguien que, hablando sobre lo que él más temprano había hecho además de besar, comentaba: «Es una zorra».

Se comenta que ese día se dijeron muchas cosas. Que muchas mujeres escucharon cosas que no querían escuchar, y se vieron en situaciones en las que no querían estar. Porque ese 7 de marzo fue como cualquier otro séptimo día del tercer mes. Fue como cualquier otro día de cualquier mes. Las cosas funcionaron como lo hicieron siempre. Pero las leyendas cuentan cosas que pasaron de una forma diferente a como siempre lo hacen. Y así fue, porque ese 7 de marzo fue el último día en que todo pasó como siempre lo hizo. Apenas las agujas del reloj se alinearon a las doce de la noche y el calendario

cambió de día, fue que el mundo comenzó a parecer sacado de un libro de fantasía; cosas extrañas comenzaron a suceder. En una casa donde una niña cumplió años, ahora se escapaba por la ventana una fiera cubierta de pelo, con un hocico del que sobresalían unos colmillos afilados, y con el que luego aulló a la luna. En otro barrio cercano a la playa, unas pisadas contundentes terminaron de despertar a todos los vecinos que no se habían despertado aún con una trompa que barritaba. En algún otro lugar, caminaba cauteloso un animal no más grande que un perro, de pelaje anaranjado y cola esponjosa. Ni el hombre lobo, ni el elefante, ni el zorro sabían a dónde se dirigían, pero iban hacia el mismo lugar, y no eran los únicos. O las únicas, porque en realidad eran una mujer lobo, una elefanta y una zorra. Se dice que si esa noche alguien hubiera estado en un avión o en una azotea de un edificio muy alto, hubiera visto cómo muchísimas criaturas diferentes se movían por la ciudad dirigiéndose hacia un mismo lugar, hacia un punto en específico, el cual se rumoreaba era la avenida principal. Allí se encontraron la mujer lobo, la elefanta y la zorra. Pero no estaban solas. Una mujer esqueleto se acercó a la elefanta, diciéndole que ella también había ido a la playa el día anterior, que también se llevaba mal con los espejos, y que también había escuchado cómo alguien hacía un comentario sobre su cuerpo. Se reunió con ellas también una tabla del uno. Todas estaban bastante confundidas y, al notarlo, la tabla del uno aclaró: «Me trataron de fácil». Sin dudarle, la zorra se acercó, sin hacer preguntas, y así la acompañó. Luego fueron llegando más. Llegó una copa de vidrio, explicó que le habían dicho que era frágil. Llegaron varias mujeres lobo, acompañaron a la niña lobo. Se



acercó una yegua, y atrás venían dos bizcochuelos con dulce de leche: eran dos tortas. Fueron llegando más y más criaturas. No paraban de acercarse, cada vez se reunían más pero ninguna parecía entender qué era lo que estaba sucediendo, y por qué se habían reunido allí. Hasta que en un momento, revoloteando por el cielo arriba de sus escobas, llegaron algunas brujas. Todas las criaturas se acercaron a preguntarles si sabían lo que estaba pasando, porque al ser seres mágicos debían de saberlo y, efectivamente, lo sabían. Así que la madrugada de ese 8 de marzo, ocupando una gran parte de la avenida principal, y a la luz de la luna, las criaturas se reunieron alrededor de las brujas para escuchar las explicaciones sobre lo que estaba pasando.

«Según la leyenda, hace muchos años atrás, un grupo de mujeres había hecho cosas que no eran las que se suponía que debía hacer una mujer. Algunas habían aprendido a leer, otras practicaron medicina, otras no quisieron casarse, otras pudieron defenderse de cosas que algunos hombres quisieron hacerles. Y así, muchas otras cosas. A esas mujeres se las consideró desubicadas, destructoras de la sociedad, eran vistas como brujas. Y tanto se empeñaron en llamarlas así, que ellas mismas terminaron convirtiéndose en eso, en brujas. Sabían que las estaban persiguiendo y que no les quedaba mucho tiempo, así que se reunieron y crearon un hechizo. Un hechizo que, aunque ellas desaparecieran, iba a permanecer en el tiempo. Y permanecería por el resto de la eternidad, o hasta que las cosas dejaran de funcionar como lo habían hecho siempre. Un hechizo que funcionaría cada algunos años. Y así como ellas se convirtieron en brujas, hoy estamos acá nosotras convertidas en todo eso que la gente se empeñó en llamarnos.

Todas las que fuimos agredidas por ser mujeres estamos hoy acá. En realidad, no todas. Pero también estamos acá por ellas, por las que no pueden estar. Porque a las que no están les hicieron cosas tan horribles que hasta parece que nosotras tenemos suerte. Suerte de estar vivas. Por ellas, por nosotras, por las primeras brujas. Porque hasta que las cosas no cambien, hasta que las cosas no dejen de funcionar como lo hicieron siempre, esto no va a dejar de pasar. Porque vamos a hacer que las cosas cambien, hasta el punto en el que el hechizo ya no funcione, porque finalmente, después de tantos años y tanto esfuerzo, ya no tenga razones para hacerlo».

La leyenda dice que así fue como todas las criaturas comenzaron a caminar juntas, llenando las calles. A la luz de la luna, un 8 de marzo de quién sabe hace cuánto tiempo o dentro de cuántos años, un montón de mujeres convertidas en las mil y una criaturas marchaban juntas, e iban despertando a todos a su paso. La gente salía a mirar por las ventanas qué estaba pasando, algunos miraban asombrados, con orgullo, y otros, con desagrado. Dentro de este último grupo, hubo un desafortunado al que se le ocurrió la idea de hacer un comentario, en modo de queja. Pero el hechizo funcionaba para todos los comentarios, sin importar las consecuencias que tendría hacer la transformación. De haberlo sabido, el pobre desafortunado nunca hubiera dicho eso. Nunca, jamás, hubiera siquiera pensado en esas circunstancias pronunciar: «Parecen una jauría salvaje».

Cuenta la leyenda que, desde entonces, las cosas ya no funcionan como lo hicieron siempre. Que quién sabe hace cuánto tiempo o dentro de cuántos años, en ningún día de ningún mes una niña cumple

once años y se avergüenza de sus pelos. Que en ninguna playa hay elefantes ni esqueletos, que los espejos son para mirarse, no para pelearse con ellos. Que las mujeres que quieren hacer algo más que besar no son desagradables ni tienen que esconderse en un baño para llorar y que no hay ningún campeonato de hombres que consiguieran hacer algo más que besarse con mujeres. Que en ningún día de ningún mes va a haber mujeres agredidas o asesinadas por ser mujeres. Se dice que, en algún momento, así como el hechizo ya no tendrá más razones para funcionar, ya no habrá que salir a la calle a protestar porque las cosas no dejan de funcionar como funcionaron siempre. Cuenta la leyenda que nunca más ninguna mujer tuvo razones para salir a la calle a luchar porque no le dejaban de pasar cosas que solo les pasan a las mujeres por el hecho de serlo. Cuenta la leyenda que, en algún momento, dejó de ser leyenda.

**Emilia Bonfiglio Dumich**

Seudónimo: BOMPI, 17 años, Montevideo

# BETTY Y NATALIA



## Betty y el hogar

Estaba regresando de clases. Mi escuela está en Montevideo y afortunadamente muy cerca de mi casa. Yo, Natalia Domínguez, tengo 13 años. ¡Y ya estoy en sexto año de escuela! Estoy muy ansiosa por empezar el liceo pero nerviosa a la vez, aunque me propuse disfrutarlo lo más posible este año.

—Adiós, Rosa —me despedí—. Rosa es mi mejor amiga en el universo, hasta tenemos collares que se unen solo cuando estamos juntas. La conocí en tercero y desde entonces somos mejores amigas. Yo solo tengo dos mejores amigas, Rosa y Betty. Esta última es una anciana sin hogar que siempre está en la librería a la salida de la escuela. La conocí cuando comencé a venirme sola en cuarto año y desde entonces nos llevamos estupendo; es como una amiga y abuela a la vez.

Estaba llegando a la librería, y ya distinguía la figura de Betty sentada mirando el tráfico.

\*\*

—¡Hola, Betty! —grité extendiendo mi brazo para saludarla a la distancia. Ella hizo lo mismo. Era una señora de aspecto saludable a pesar de su condición. Exactamente en dos días cumpliría 62 años, y yo ya había ahorrado para su regalo, un libro, debido a una conversación que tuvimos alguna vez.

## Historia de cómo descubrí qué regalarle a Betty

—Betty, si pudieras pedir cualquier cosa, ¿qué pedirías?—le pregunté, sentada en los banquitos que Lucía, la dueña de la librería, una mujer alta y amable, había puesto especialmente para Betty. También le regaló otras cosas como mantas, almohadas, una mochila, cepillo, etc.

Ella era una persona muy limpia, siempre acudía a iglesias por ropa y a los refugios para poder dormir y bañarse. Betty me miró pensando, se rascó la barbilla arrugada y mirando al cielo con sus ojos avellanas contestó:

—Es una pregunta difícil, Natalia... Supongo que muchas cosas me gustaría, que si mi esposo viviera sería una... pero como es imposible, creo que un libro llamado *Corazón*, me dijo.

—¿Por qué solo un libro? ¿Y por qué ese?—pregunté incrédula. Si yo hubiese respondido esa pregunta diría dos cosas: una para mí, un perrito, y otra para Betty, un hogar.

\*\*

Ella sonrió y volvió a responder mis preguntas con su voz suave:

—No lo sé, lo leí una vez hace décadas... y me encantó, me marcó el corazón y me encantaría volver a leerlo... Lo haré en otra vida, supongo—me miró y sonrió afable.

—¿Cómo te fue en la escuela?—me preguntó.

—Uf, ¡genial!—contesté, sentándome—Aprendimos un montón de cosas, Rosa y yo jugamos un montón, además me dijeron que Lucas gusta mío—le conté.

—Bueno, pero pasaron pila de cosas...—respondió ella, y así estuvimos un rato hasta que me tuve que despedir.

\*\*

Nunca me podía quedar mucho porque resultaría raro que llegara muy tarde a casa. Mis padres no conocían a Betty no se los había dicho porque sé que no me dejarían verla más, debido a dos grandísimas razones:

1. Porque me dirían que no debo hablar con extraños y ya no me dejarían venirme sola de la escuela.
2. Porque a ellos no les gustan los *vagabundos*, como les llaman ellos. A mí me gusta llamarlos *personas sin hogar* porque es lo que son; también, no pienso que todos sean malos... tal y como las personas con hogar hay buenos y malos, y Betty es de las buenas.

\*\*

Me despedí de ella y caminando unas cuadras más llegué a casa, abrí la puerta y me dirigí a la cocina.

—¡Hola!—dije, saludando a mi madre. Con ella también hablé y le conté mi día, y ella el suyo. Era cirujana y muchas veces no estaba en casa. Por esta misma razón fue que en cuarto comencé a venirme sola, ya que mi madre comenzó a ejercer su profesión de nuevo.

### **El día en que me enteré**

—Natalia, te tengo que comentar algo—me dijo ese día, con su tono de voz, y como pensaba cuidadosamente las palabras, ya me había asustado. Palmeó el sillón cerca suyo y yo me senté—. Voy a volver

a ejercer como cirujana... y tendrás que volverte sola —cuando dijo eso, yo me quedé boquiabierta.

No dije nada y me fui corriendo.

Luego se me pasó, aunque me costó acostumbrarme a esa nueva rutina. Igual no me arrepiento porque, si no, no hubiera conocido a Betty.

Subí a mi cuarto y luego de hacer los deberes me puse a buscar algo que hoy había escuchado en la escuela: «Derechos humanos». Entre ellos la maestra nombró *derecho a una vivienda digna*. Cuando lo dijo, me confundió mucho porque... ¿Por qué si hay un derecho para tener una casa, Betty no la tenía ahora? Digo *ahora*, debido a que Betty una vez me contó toda su historia.

### **La historia de vida de Betty**

Betty era una joven de familia adinerada, que tenía muchas estancias. Su padre estaba buscando al mejor partido, pero no sabía que su hija ya había sido conquistada por un joven de nombre Mario, que junto con su carisma y sentido de la justicia robó el corazón de la chica.

Como Betty sabía que sus padres no lo aceptarían jamás, decidieron huir de Argentina y venirse a Uruguay, donde ambos vivieron bien, con algunos problemas de dinero pero felices de estar juntos. Mario murió a sus 56 años, y como su sueldo era poco, Betty sola no pudo mantener su hogar y lo perdió. No tuvieron hijos, no tenía hermanos y apenas tenía amigos, que estaban en situaciones iguales o peores. Por lo que desde allí vive en la calle y, con lo poquito que le dan, compra comida y alguna que otra ropa. Su historia por una parte era feliz pero por otra parte triste, aunque ella siempre dice



que nunca se ha arrepentido de «elegir la vida de amor y felicidad a la del dinero y soledad».

Y aunque su situación no era la mejor, era una de las personas más alegres que conocía.

Mientras buscaba en Google encontré que el derecho se trataba justamente de tener una casa digna, y me alegró saberlo. Probablemente, solo había que llenar un formulario y te harían tu propia casita. Me imaginé yendo a visitar a Betty, quedarme a dormir. ¡La idea era estupenda!

Copié en una hoja todo lo que decía, la guardé en mi mochila y esperé a mañana para poder llevarlo. El día antes de su cumpleaños pasé por la librería de Lucía, en la hora que Betty no estaba, y compré felizmente el libro. Lo llevé abrazado todo el viaje para que no pudiera pasarle nada.

\*\*

Y el día de su cumpleaños, en mi mochila llevaba ambas cosas. Alegremente caminé hasta la librería y no la encontré, lo cual comenzó a preocuparme... Ella jamás se ausentó. Algo confundida abrí la puerta de la librería, haciendo sonar la campanilla.

—Hola... ¿Sabes dónde está Betty?—pregunté.

—No, hoy raramente no ha venido, seguro está en algún albergue —pero eso no me tranquilizó, y salí, encontrándome con una mirada familiar, mi mamá. Quien me miraba bastante enojada.

—¿Qué haces aquí?—le pregunté sorprendida.

—Te vine a buscar, porque pensé que sería lo mejor, y me topé con la madre de Lucas, que me dijo que te juntabas con gente extraña y que tuviera ojo contigo —*Suspiro*—. No pensé que era cierto pero

ahora lo veo claro. Nos vamos a casa —Traté de protestar y contarle pero fue inútil. También me juré que Lucas pagaría por esto. Ese día me quedé toda la tarde en mi pieza hasta que vino mi padre.

—¿Que estaba con quien?! —dijo mi padre. Mi madre le contó de manera exagerada lo que pasó. Yo estaba enojada, quería irme a averiguar si Betty estaba bien y no escucharlos criticarnos.

—¡Estás castigada! Y de ahora en más, te iré a buscar yo, como antes. Esta idea de venirme sola se acabó—quise protestar de nuevo pero ellos estaban demasiado enojados para conversar y recordé una frase que me dijo Betty: «No se puede tomar decisiones con un sentimiento muy fuerte». Subí a mi pieza y comencé a llorar mientras pensaba las más atroces ideas sobre lo qué podría estarle pasando a Betty.

\*\*

Unos segundos más tarde y debido a mi llanto, mis padres tocaron a la puerta y los dejé entrar.

—Cariño, ¿estas así porque te castigamos? —me preguntó mi madre. Yo negué sollozando.

—¿Es por la señora? —dijo mi padre, yo asentí.

—Es que... es que... desapareció, y yo creo que puede... —No terminé la frase debido a que comencé a llorar fuertemente y mis padres tuvieron que abrazarme. Creo que fue en ese momento en donde por fin entendieron lo que Betty era para mí— Hoy es su cumpleaños y...—caminé hasta mi mochila y sacando tanto la hoja como el libro se los enseñé con mis temblorosas manos— Le iba a... dar esto pero ella no está... y tengo miedo.

Luego de esos momentos mis padres y yo salimos en el auto a recorrer todo Montevideo, pero por más que preguntamos en todo sitio y recorrimos lo irrecorrible, la verdad, Betty había desaparecido.

Mis padres se sentaron en el sillón rendidos, estaban hablando sobre llamar a la policía... pero yo sé que querían decirme otra cosa, algo similar a «era una persona mayor...», pero me negaba a creerlo y me negaba a no encontrarla...

Necesitaba darle el libro y contarle el derecho... Necesitaba que muriera feliz... con una casa donde refugiarse, más que una casa, con un hogar.

—Natalia... hija... yo... —comenzó mi padre, lo miré. Mi madre, como era peor para estas cosas, se atenuaba a mirarme y en cambio hojeaba el diario que estaba encima de la mesa.

—Tú sabes que a veces... las personas.

—No... —dijo mi madre, ambos la miramos— ¿Ella es Betty?  
—Me mostró una foto en donde se veía a una anciana sonriendo, debajo se leía el nombre de «Beatrice Rosa» y era imposible que no fuera ella.

—Sí. ¿Y qué dice?—pregunté exasperada, acercándome para leer.

\*\*

Noticia:

EMPRESA CONSTRUYE CASAS PARA PERSONAS SIN HOGAR

La famosa empresa Lucas's creó un nuevo proyecto llamado «Corazón en casa» que construyó aproximadamente 1200 casas para

personas sin hogar de Montevideo. Esta campaña pretende solamente ayudar y no lucrar, como dijo su director a la prensa.

\*\*

—¿Dónde está esto?—pregunté.

—En... —dijo mi madre mientras buscaba la ubicación— ¡Está cerca! —Los miré y entendieron lo que quería. Nos apresuramos y llegamos en una hora.

\*\*

Era un campo bastante grande, donde se veían pequeñas casas, y algunas personas caminando.

Entramos y buscamos a Betty. La vi a lo lejos y comencé a correr, al llegar al lado suyo la abrace fuertemente. Se sorprendió al principio pero luego me acarició el cabello sonriente.

—¿Qué haces aquí? Mañana te avisaría —dijo riendo.

—¡Feliz cumpleaños! Aunque un regalo... ya lo tienes —dije mirando a su casa.

—¡Muchas gracias, Natalia! —dijo abrazándome de nuevo— Cuando vio el libro se le cayeron algunas lágrimas y me agradeció, para luego fijarse en la carta.

—Pensé en que este derecho podría ayudarte... lo habíamos trabajado en clase —ella me sonrió.

—Eres una gran persona, Natalia, y me alegra que te preocuparas e intentaras ayudar —Yo sonreí—. Conozco ese derecho, pero... a veces... algunos de los derechos no se cumplen siempre, porque es casi imposible hacerlo... aún hay millones de personas sin vivienda

y yo soy de las pocas privilegiadas. Pero aun así, cuando empresas o fundaciones hacen este tipo de proyectos cambian las cosas... cambian las vidas —sonreí y volví a abrazarla.

**Azucena Izquierdo,**

Seudónimo: Bianca Rowen, 14 años, La Paz, Canelones



## Ventana

Al menos un día por semana, al salir de la escuela, me dirigía directamente al Parque Rodó y me trepaba a mi árbol. Había memorizado los movimientos: enganchaba la mochila a una rama baja, apoyaba el pie derecho en el tronco (siempre en el mismo hueco), me agarraba con una mano y me impulsaba con fuerza desde la tierra. Con un poco de esfuerzo ya estaba sentada a varios metros del suelo. Desde ahí arriba podía ver los distintos tonos de verde y el cambio de texturas de las copas de los árboles. Más abajo, la plaza, con sus juegos de colores y niños alborotados; los jugadores de tenis en la cancha del costado del parque; los perros olfateando el suelo y los ciclistas pasando muy rápido. Si afinaba la vista, incluso podía ver a las hormigas, pequeños puntos negros organizados en una fila, cargando pedacitos de hojas y palitos en la vereda.

La belleza de ese paisaje no se comparaba con lo que veía cuando, sentada ahí mismo, miraba hacia el lado opuesto. Un edificio bajo que, a esa altura, tenía una ventana grande y cuadrada. A través de la ventana se veía una pared y, apoyada en la pared, la magia.

Cada dos semanas aparecía uno nuevo, totalmente distinto. A veces eran figuras: rostros, animales, objetos; otras veces paisajes o edificios. A veces eran formas geométricas o manchas coloridas, y a veces tenían relieve, eran objetos en tres dimensiones. La variedad me maravillaba, todos tan diferentes y únicos, parecían no acabar

nunca. Pasaba largos ratos observándolos desde el árbol, tratando de descifrar sus secretos, absorberlos. Cuando sentía que había logrado entenderlos intrínsecamente, comenzaba mi tarea: abría el cuaderno arrugado con renglones azules y empezaba a copiarlo. No siempre tenía los colores correspondientes, casi nunca, pero intentaba ser todo lo precisa que me permitía mi pequeña selección de lápices. Se me iban las horas ahí arriba, los sonidos del parque llegaban difusos y me quedaba tan quieta que los pájaros me confundían con el tronco. Cuando la cola se me acalabraba y el sol empezaba a ponerse, guardaba todo, me bajaba del árbol y emprendía el regreso, con la túnica blanca sucia y llena de palitos.

Los días que no podía ir al parque, me quedaba en casa, sacaba el cuaderno arrugado y observaba la última copia de la ventana. Con eso me inspiraba para crear mis propios dibujos, a veces una nueva versión de lo que había visto, a veces lo que me hacía imaginar. Así transcurrían los días en esa rutina: ir al parque, examinar la ventana, intentar plasmar en el cuaderno y volver a casa.

Hoy, al caer la tarde llego al parque y trepo a mi árbol, los mismos movimientos de siempre. Me acomodo y alcanzo la mochila, pero al mirar a la ventana quedo inmóvil.

No hay nada, la pared en blanco. Espero unos segundos en silencio, confundida, pero rápidamente mi angustia se convierte en enojo. Agarro la mochila y me bajo del árbol de un salto, rasgando la túnica. Llegó la hora de enfrentar a los dueños de la ventana. Camino con paso firme rodeando el enorme edificio y, sin dejar ver que estoy perdida, busco una entrada. Finalmente la encuentro: una



rampa que termina en una puerta roja, pesada. Paro un momento, intimidada por la fachada metálica del edificio que nunca antes me había puesto a mirar, pero no lo suficiente para que la vergüenza me haga retroceder. Recuerdo la ventana mostrando la pared vacía y, con el ceño fruncido, camino la rampa que me separa de la puerta y la empujo con fuerza. Inmediatamente puedo sentir el aire liviano, fresco, rodeándome.

Entro a un pasillo corto, que termina en una enorme sala de techos altos. El silencio contrasta con el ruido del parque. Apenas se oye un eco de murmullos y pasos. Hay mucha luz. De repente, la puerta deja de pesarme. Un hombre alto, enorme, vestido de negro, la sostiene desde adentro. Lo miro desde abajo, asustada, esperando que me grite, que me diga que me vaya de su edificio. En lugar de eso, el hombre me sonrío y me dice que puedo dejar mis cosas en el mostrador al final del pasillo.

No lo entiendo, pero se queda quieto sonriendo, así que, absorta, dejo caer la mochila al piso de madera y camino los pocos pasos que me separan de la sala amplia. Abro los ojos más que nunca cuando descubro montones de cuadros de colores, como los que antes veía por la ventana, rodeándome. Y en una de esas paredes blancas, unas letras enormes, negras, ponen: «Museo Nacional de Artes Visuales (Entrada libre al público)». Vuelvo a mirar al señor de la entrada, ahora yo también sonrío.

**Aldana Podestá Tuyaré**

Seudónimo: Alondra, 16 años, Montevideo

GLOU

GLOU

GLOU



## Un desierto en el mar

Recuerdo que caminábamos juntos, descalzos bajo el fuego de la mañana. Habiéndonos mudado recién, con tranquilidad ella me guiaba de la mano. Frecuentemente, agujas salían del suelo a pinchar mis pies, pero a mi hermana, quien me felicitaba por haber ingresado a la escuelita, no quise molestarla con quejas.

Ya llegadas allí, mi hermana se despidió de mí con un beso en la frente, y sin sentir apego alguno me sumé al juego de algunos niños de mi edad que corrían por el patio. Mi primer día fue, sin dudar, un día caluroso; o más bien, lo había sido. ¿Lo habría sido? Tal vez. Sin embargo, al momento de hacer la fila, brotó agua desde la tierra, levantándose con lentitud hasta adherirse a mis tobillos. Giré mi cabeza hacia los costados. Nadie se veía preocupado, así que lo soporté imitando a los demás. A medida me acercaba al salón, el agua subía y subía, mojándome el mentón. Volví a girarme hacia los demás y abrí mis ojos al ver que tendría que sentarme en mi pupitre. Respiré hondo, junté valor entre mi duda y me senté.

Mi bocanada de aire no podría durar para siempre, por lo que no tuve otra opción que respirar bajo el agua, como un pececito. ¿Tonatiuh me habría convertido en uno? Giré de nuevo, y esta vez no fue lo que observé, sino lo que escuché, que me dejó perplejo. Viéndolo ahora, sé que era la distorsión del sonido en el agua, estoy seguro. No comprendía ninguna palabra deformada dentro de ella: «Glou,

glou, glou, glou...», repetían ellos, entreverados. Incluso el maestro, que con una hoja en su mano iba «¿Glou, glou?», y sólo un alumno respondía «¡Glou!». Los iba mirando bien, porque entendía que en algún momento sería mi turno. El maestro se acercó a mí y repitió lo que en su hoja se hallaba escrito.

—¿Glou... glou glou? —preguntó él.

—Plop.

Cerré mi boca de inmediato. El maestro se volvió a acercar a mí, con su rostro desfigurado, su forma zigzagueada, y con su lengua deforme volvió a preguntar algo que no lograba entender.

—¡Plop, plop, plop! ¿Plop, plop, plop, plop? —insistí.

No importaba cuánto intentara hablar, era solamente capaz de emitir burbujas. ¿Por qué no podía hacer como los demás? ¿Por qué no salía mi voz distorsionada también? ¿Por qué era el único? No se me dio tiempo para buscar respuesta alguna, ya que rápidamente el maestro me sacó de la clase. ¿Lo habría hecho enojar? Me arrastró con fuerza por el agua que inundaba la escuelita hasta otro tipo de sala, donde se encontraba una mujer igual de deforme. De alguna manera, el tono del maestro había cambiado, y la distorsión vocal aumentaba de volumen. Era morrito, pero estaba claro que hablaban sobre mí, el niño que vomitaba burbujas. Mi corazón latía muy fuerte y ahora puedo asegurar que la presión me aplastaba contra el piso, debilitando mis temblorosas piernas.

El final de su catarsis fue cuando no pude aguantar más y lágrimas recorrieron mi rostro. El maestro me preguntó algo en un tono hostil, y la mujer le respondió de la misma manera. Ella se levantó de su

silla y agarrándome de la mano me llevó hasta el baño. Me sentía tan perdido, y obviamente le quise preguntar más de mil cosas, pero todo esfuerzo era inútil. Solo podía hacer burbujas, ¿cómo se suponía que entendiera? «¿Es mi culpa? ¿Me puedo arreglar?», intenté decir, pero la mujer se enfocó en pasar un trapo por mi cara y me dijo solo una cosa: «Glou».

Me llevó de nuevo a aquella sala, pero el maestro ya no estaba allí. Escuché un par de distorsiones más, y callado, pasé la tarde. En algún punto de mi aburrimiento, llevé mi vista hacia el techo y vi que el agua estaba bajando. Casi de inmediato la mujer tocó el timbre, por lo que traté de salir de la escuela. ¡Qué sorpresa cuando vi a mi hermana entrar a buscarme! Yendo en contra de mi creencia, ya que daba por sentado que me sacaría de aquel lugar, se dirigió hacia las personas desfiguradas. «¿Será que a mi hermana le saldrán burbujas igual que a mí?», pensé.

De una forma lenta el agua trepó y sumergió a mi hermana, y deformada, habló: «Glou glou glou». Aguantando una punzada en el pecho, pude saber que en realidad el problema era yo.

Cuando terminaron su charla, el agua se absorbió en la tierra y quedó no más aquel ambiente seco que me acompañó al principio. A comparación, prefería un millón chiquicentas mil veces el dolor de las agujas y la arena en mis ojos a la sensación de ahogarme en ese mar de palabras ininteligibles.

En algún momento, de regreso a casa, quise hablar con mi hermana y contarle todo lo que me había sucedido y cómo no quería regresar allí y que no entendía nada y que no me sentía a salvo en ese lugar tan

hermoso que me había descrito antes. Pero, ¿no me saldrían burbujas otra vez? Mi hermana era una de ellos, después de todo.

—No volverás por un tiempo, pero regresarás. Tranquilo—habló con una cálida sonrisa.

Tal y como lo dijo, los primeros días los pasé en mi casa. En las tardes mi hermana me buscaba para explicarme los deberes que mi maestro le daba, ¡pero no había forma de que los hiciera! El habernos mudado para «mejor» sólo me parecía una gran mentira.

Un día, hartado de todo, me escabullí a su cuarto y saqué una cajita colorada del cajón. Corrí lo más rápido que pude y encontré la manera de subir al techo. Me senté y comencé a releer los escritos, los poemas y las piedras brillantes que tanto me habían enseñado a atesorar. Los deberes de aquel maestro no hablaban de nada que supiera, sentía que todo había perdido su valor.

Desde arriba, pude ver a mi hermana colgando la ropa. Había veces en donde tan solo deseaba volver a casa. A mi verdadera casa, donde todos los niños tienen la piel tepache, el agua no dominaba las palabras ni distorsionaba a las personas.

Recordándolo con mi visión actual, me sentía traicionado, pensaba que mi hermana me había arrebatado todo: mi cantón, mis amigos, las canciones, los juegos... Y, sin embargo, no podía enojarme, porque aunque ella pensara que no la estaba viendo, siempre la escuchaba cantar Xiquiyehua a solas. Como en ese momento, cuando la veía tender la ropa.

El quinto día, ya habiéndome resignado a trepar al techo una segunda vez, un olor húmedo se impregnó en mi nariz al sentarme en

mi silla. Giré la mirada hacia el suelo embarrado y con rapidez se subió el agua hasta tocar mis pies, que ni siquiera lograban llegar al piso.

Al abrirse la puerta de enfrente, entró una ola tan grande como un océano e inundó mi casa entera. Con el agua también llegó un hombre desfigurado, alguien que pude reconocer muy bien porque era el maestro de la escuela. No comprendía por qué ese hombre estaba en mi casa, por qué se sentó en la misma mesa que yo, ni por qué mi hermana le daba deberes a él.

Al principio dudé que fuera a quedarse por mucho tiempo pero, después de aquel día, el maestro vino todas las tardes a mi casa para hacer los deberes que mi hermana le entregaba. Usualmente el hombre hablaba para sí solo, y a pesar de que no entendía ninguna palabra, parecía estar quejándose todo el tiempo. A menudo veía cómo discutían mi hermana y él, y se terminaría yendo con tan solo la hoja que ella preparaba.

Algunas tardes trataba de hablar conmigo, con esa voz ondeada que me alarmaba. Yo prefería quedarme callado porque seguramente lo molestaría con las burbujas como la última vez. Ciertamente, aquel hombre me daba miedo. Me daba miedo porque no lograba entenderlo, ni él a mí.

Mi tarde más feliz fue cuando al haber terminado mis deberes tomé una hoja y me puse a dibujar lo que no podía contarle a nadie. Dibujé con esfuerzo un varoncito con burbujas. En la esquina de la hoja, dibujé un sol. Si Tonatiuh me vigilaba, mejor no olvidarme de él en mi dibujo. Al verme tan contento, supongo, el maestro me habló: «¿Glou glou glou?», señalando mi dibujo. ¿Quería que lo dibujara a él

también? Con mi lápiz lo señalé a él e hice como que rayaba la hoja, tal vez si usaba ese tipo de métodos lograría entenderme. Para mi goce, el maestro asintió con la cabeza y comencé a dibujarlo.

Primero, su cabeza irregular y su cuerpo ondeado. Su lengua deforme y ojos pequeños siguieron, sus cejas arqueadas porque usualmente estaba molesto y sus zapatos... Aunque aún no sabía dibujar zapatos. De todas formas, una vez coloreado de azul se lo mostré al maestro.

Fue algo extraño como él se quedó viéndolo, por un largo tiempo. Cuando llegó mi hermana, el hombre rápidamente escondió el dibujo y solté una pequeña burbuja, ¡no quería que se lo llevara! Pero tampoco quería soltar burbujas, así que me mantuve callado. El maestro se fue tranquilamente, no hubo discusión ni alguna mueca molesta. De hecho, desde ese día nunca volví a escuchar ninguna queja, ni discusión, y él empezó a hablar más conmigo. Claramente no entendí ni una sola palabra pero al menos no daba miedo como antes.

Pasaron las estaciones y de repente un día, aquel hombre no vino. En ese momento, mi hermana me dijo:

—Pronto regresarás a la escuelita. ¡Anímate!

Y así fue. El día siguiente me encontraba caminando junto a ella por el mismo camino arenoso. La brisa templada acariciaba mis orejas mientras levantaba polvo por todos lados.

Cuando llegamos a la escuelita, no quise soltar la mano de mi hermana y me pegué a ella el máximo tiempo que pude. Miraba aquel edificio receloso, pues no quería volver a esa pecera otra vez. Sentía



pavor y, sobre todo, no quería enfurecer a nadie por mis burbujas. Seguramente, no sería capaz de soportarlo una segunda vez.

Al momento de hacer la fila, el agua resurgió desde el piso, apoderándose de la suela de mis zapatitos. Me giré a los demás y noté que, en realidad, pude entender algunas de las palabras: «horrible», «no quiero», «amigo» o «bueno». ¿Era esta la razón que detenía al agua de seguir subiendo? Bajé mi mirada, pero me desanimé al notar que seguía pegándose a mordidas de mis piernas.

Igual que en mi primer día, seguí a mi fila hasta el salón de clases. Para mi sorpresa, al sentarme en el pupitre el agua quedó a la altura de mis hombros, dejando mi cabeza totalmente seca. Hecho que me hizo sentir aún más nervioso, era una actitud muy extraña de parte del agua. ¿Qué estaba pasando? ¿Había hecho algo bien sin darme cuenta?

Sin embargo, esa pequeña ilusión se destrozó cuando estalló una ola de agua contra el salón, inundándolo al momento que el maestro leyó su hoja. Volvía al miedo constante de la distorsión, estaba repitiéndose de nuevo ese sonido incomprensible «Glou glou glou glou glou». Sabía que cuando llegase mi turno, lo único que sería capaz de hacer era soltar burbujas de nuevo.

El maestro se acercó a mí pero, contradiciéndome el pensamiento, el agua comenzó a descender paulatinamente, y entonces dijo:

—¿Temachtiani?

Separé los labios en asombro, como si hubiera resuelto el puzle más grande del mundo entero. Si él estaba llamando mi nombre, ¡entonces estaba pasando la lista! Recordé a mi hermana explicándome lo que debía responder cuando esto pasara, ¡y estaba pasando!

Aún así, la felicidad no duró mucho, pues de todas formas lo único que saldría de mi boca serían burbujas. Sin embargo, el maestro volvió a insistir, a pesar de estar viéndome al frente suyo.

—¿Está Temachtiani?

¿Qué decir? Lo sabía bien, pero saldrían las burbujas. Sabía que el agua me la jugaría nuevamente y cubriría mi rostro evitando que mi voz saliera. Aunque, ¿qué pasaba si no contestaba? ¿Se enojaría conmigo como la última vez? ¿Podría tal vez vencer a las burbujas si lo intentaba? El agua subía lentamente por mi cuello, como amenazándome.

—Pre...

El maestro me miró atento, y le sonreí. ¡Mi voz! ¡Mi voz había regresado! Esta vez, con emoción logré hablar:

—¡Presente!

«Así llega esta desconocida y mágica anécdota a su final. Anécdota cual seguiré recordando y reproduciendo en mi mente una y otra vez, como un cd rayado, incrustado en cada parte de mi memoria. Aquella persona que alguna vez describí como niño terminó siendo mi maestro. Aquella situación que alguna vez describí como horrible terminó siendo la más grata dentro de una vida desbordada en quejas.»

Se acomodó en su silla, reflexionando lo que continuaría su relato. Temachtiani, un nombre que le parecía curioso y que ahora probablemente se hallase convertido en hombre. Años habían pasado a montones desde que le ordenaron aprender su lenguaje nativo.

Al balancear su vista por la estantería, recordó con cierta nostalgia cada libro que compró con esperanza de aprender sobre sus antepasados. Se levantó, y abrió el libro *Aztecas-Mexicas: El imperio de*

*Mesoamérica*, tan solo para reencontrarse con un portal de tiempo: una foto. Recordaba muy bien el titular del recorte: «Maestro mexicano aprende náhuatl en tiempo récord». Lo habían pintado de héroe, pero él nunca logró sentirse completamente como uno.

«Una vida confortable seguro que es espléndida, sin embargo, ¿a cuántas mujeres, hombres y niños hemos enmudecido ante la practicidad moderna?

He descubierto que, muy probablemente, la vida no se resume en comodidad, en atajos, ni en borrar caminos u opciones. Tal vez haya riqueza en un lugar desértico, lugares que seguro ignoramos entre nuestros mares de palabras. Lugares que olvidamos y dejamos perecer.»

**Julieta Rodríguez Videla**

Seudónimo: Koko, 15 años, Florida



DERECHOS

DERECHO  
A  
SER

DERECHO  
A  
TRABAJAR

DERECHO  
A  
OPINAR

DERECHO  
A  
ESTUDIAR

## **Hace mucho tiempo atrás te castigaban por opinar, te tenías que callar**

Desde hace mucho tiempo anhelaba poder hablar, poder gritar aquello que tan injusto me parecía, quería tener voz.

Había pasado mucho tiempo desde la última vez que di mi opinión sobre un tema, porque al ser mujer no tengo derecho a opinar, o eso es lo que siempre dicen.

La última vez que pronuncié un «A mi parecer...», Luis me calló, me dijo que no podía hablar, que eran temas que solo hablaban los hombres, y me parecía injusto.

Mamá estaba sentada junto a él en el sillón de cuero que había en el living, estaba con las piernas cruzadas, vestida con una pollera color beige y un saco un tono más oscuro que su pollera; había veces que me preguntaba si no le daban ganas de cambiar, de no usar más esas polleras con colores tristes, melancólicos, de usar algo más corto, o unos pantalones.

Y, como siempre, había mil preguntas y ninguna respuesta, pero siempre concluía preguntándome «¿Será feliz?».

Sé que la felicidad se da a momentos, pero nunca la había visto sonreír, nunca la vi con alegría, es como si estuviera apagada, como si fuese un peón y el que lo manejara fuera Luis.

Delante de ellos se encontraba Rodrigo, un empleado de la fábrica de Luis, y se veía bastante nervioso.

Estaban hablando de que necesitaban más trabajadores, ya que muy poca gente estaba trabajando allí.

Todo sería más fácil si se dejara ayudar, y no tuviera en condiciones tan malas a sus empleados, además de que podría dejar trabajar a mujeres, ya que muchas querían trabajar.

Pero él tenía otro punto de vista; como no tenían los trabajadores suficientes los haría trabajar más horas, sumándole 3 horas y haciéndolos trabajar unas 17 horas diarias.

Me parecía la idea más injusta del mundo. «Pero yo creo...».

Y me callé al ver que Mamá me miró con una mirada que decía que era mejor que me callara, y decidí irme.

Y ahora me encontraba en una situación parecida. Traté de dar mi opinión y terminé encerrada en mi cuarto por «decir idioteces».

Lo único que hice fue mencionarle a Mamá que sería todo más fácil si las mujeres pudiéramos estudiar, ya que solo nos dedicamos a la casa.

Sería más fácil para todos y además de ello tendrían más posibilidades de conseguir un trabajo digno y no serían rechazadas por la sociedad, ya que no estarían haciendo algo mal visto porque haríamos que dejara de ser mal visto.

Haríamos que la mujer fuera una persona, no un peón o algo que solo sirve para procrear y limpiar.

Me parecía injusto que no tuviéramos voz, que fuéramos algo y no alguien.

Y muchas veces me rezongaron por tratar de dar mi opinión, por decir barbaridades o cosas que no se tenían que decir.

\*\*

Pasaron los años y de tanto callarme exploté.

Nos encontrábamos en una cena donde había gente importante, gente con plata y poder.

Luis estaba tratando de convencerlos para que pusieran plata en su fábrica, y cuando salió ese tema me enojé, y quise gritar, y esta vez nadie me podía callar.

—Me parece injusto...— dije, mientras me temblaba la voz por el miedo.

—No estamos hablando con usted...

—Tiene que existir el derecho a opinar y poder manifestar lo que pienso y que me validen, no puede ser que nos tengamos que callar, soy una persona como ustedes y por el simple hecho de tener un sexo distinto ya nos etiquetan como «algo», me cansé de ser algo. QUIERO SER ALGUIEN, SOY ALGUIEN.

—Pero... —dijo uno de los hombres que miraba a mi madre con mucho odio, con desesperación.

—Dejala terminar —dijo otro hombre que se encontraba a mi lado, me miraba con admiración—. ¿Qué más te parece injusto?

—Los empleados de la fábrica trabajan 17 horas y les pagan muy poco, tienen que descansar y poder mantener a sus familias; además de ello, si la mujer pudiera estudiar y trabajar sería todo más fácil. Si existiera la igualdad... —terminé, mientras tenía la mirada perdida.

Todo eso que tantos años me había guardado aquella opinión, aquellos pensamientos no habían sido en vano, él me había escuchado.

Pasaron unos años más y aquella cena quedó en el olvido; terminó con mi madre sacándome de la mesa y llevándome a mi cuarto diciéndome que no podía decir esas cosas.

Yo seguía pensando lo mismo. Aunque todos me miraran raro o me invisibilizaran, quería decir lo que pensaba.

Iba caminando por la calle cuando me encuentro con él. Al principio me pareció conocido y luego de escuchar su voz me di cuenta de que era aquel joven de la cena. Me dijo que había más personas que pensaban como yo, que él admiró que yo diera mi opinión de esa forma, sin tener miedo a las consecuencias.

Me llevó a un grupo que conocía, la mayoría eran mujeres, aunque había bastantes hombres, me dieron la bienvenida y en unas cuantas semanas ya me sentía parte de aquel grupo.

Poder expresar aquello que tan injusto me parecía era un sentimiento que no se comparaba con nada, era la mejor sensación del mundo.

Y pasaron algunos meses y varias personas más se integraban. El grupo era para dar opiniones que no podías dar libremente en tu vida cotidiana.

Muchas mujeres coincidían con mi pensamiento, el que para ellos somos algo, pero en realidad somos alguien y merecemos igualdad.

Y por otro lado estaban los hombres, que mayoritariamente no tenían más de 30 años, con los que compartía la opinión de menos horas de trabajo y un salario que diera para poder vivir.



Pasaron los meses y el grupo se fue agrandando, y decidimos hacernos ver.

Estar con ellos te daba la confianza, te dabas cuenta de que sí tenes voz y que vas a gritar y no te pueden callar.

Y así es como luché para tener poder.

**Constanza Estrella Sánchez Chávez**

Seudónimo: Little Peep, 15 años, Montevideo

## ACTA DE FALLO FINAL DEL CONCURSO DE CUENTOS

En la ciudad de Montevideo, el día 30 de octubre de 2020 a las 11.30 horas, en la sede de la Institución Nacional de Derechos Humanos y Defensoría del Pueblo (INDDHH) ubicada en Bulevar Artigas 1532, se constituye el Tribunal del *Concurso de Cuentos sobre los Derechos Humanos «Contando Derechos»*. El mismo es integrado por la Directora Mariana Blengio Valdés (INDDHH), Gloria Canclini (ANEP), Mirtha Villa (INDDHH).

La convocatoria cerró su plazo de presentación de propuestas el pasado 28 de agosto de 2020, habiéndose presentado 231 propuestas en su totalidad de las cuales 62 *cuentos* corresponden a la primera categoría de niños y niñas de todo el país.

El Tribunal resuelve por unanimidad, según el siguiente detalle:

	Primera categoría: hasta 12 años		
	Nº	Seudónimo	Título
<b>Primer puesto</b>	<b>74</b>	<b>TodosJuntos19</b>	<b><i>Derecho por el camino</i></b>
Mención especial	54	Martu	<i>Los derechos de los niños en tiempos de pandemia</i>
Mención especial	116	Juanito	<i>El sueño de Sofía</i>

En esta oportunidad el Tribunal también resuelve hacer una mención a cada uno de los siguientes autores por los derechos abordados, y un gran reconocimiento al *Nuevo Club de Niños «La Tablada»* de Salto por la labor realizada.

Mención	196	Flash	<i>El niño perdido</i>
Mención	176	Miss súper Maravilla	<i>Maribel la niña que no podía jugar</i>
Mención	140	Esmeralda11	<i>Mateo quería tener una familia</i>
Mención	142	Lola	<i>Lupe</i>

## ACTA DE FALLO FINAL DEL CONCURSO DE CUENTOS

En la ciudad de Montevideo, el día 30 de octubre de 2020 a las 13 horas, en la sede de la Institución Nacional de Derechos Humanos y Defensoría del Pueblo ubicada en Bulevar Artigas 1532, se constituye el Tribunal del *Concurso de Cuentos sobre los Derechos Humanos «Contando Derechos»*. El mismo es integrado por la Directora Mariana Blengio Valdés (INDDHH), Verónica Massa (ANEP), Érika Giménez (INDDHH).

La convocatoria cerró su plazo de presentación de propuestas el 28/8/2020. El Tribunal resuelve por unanimidad, según el siguiente detalle:

	Segunda categoría: de 13 a 17 años		
	Nº	Seudónimo	Título
<b>Primer puesto</b>	<b>52</b>	<b>SunnyLinn</b>	<b><i>Todos</i></b>
Mención especial	18	Koko	<i>Un desierto en el mar</i>
Mención especial	39	Bianca Rowen	<i>Betty y el hogar</i>
Mención especial	67	Little Peep	<i>Hace mucho tiempo atrás...</i>
Mención especial	88	Alondra	<i>Ventana</i>
Mención especial	179	Bompi	<i>La jauría</i>



Institución Nacional de  
Derechos Humanos y Defensoría del Pueblo



# Índice

<b>Prólogo</b> .....	5
<b>Derecho por el camino</b> .....	11
Ariela Silvera, 9 años	
Romina Mederos, 12 años	
Tatiana Mederos, 10 años	
Montevideo	
<b>Los derechos de los niños en tiempos de pandemia.</b> .....	17
Martina Fernández, 11 años, Montevideo	
<b>El sueño de Sofía</b> .....	21
Johan Manuel Salvo, 12 años, Montevideo	
<b>Maribel, la niña que no podía jugar</b> .....	27
Milly Caballero, 7 años, Salto	
<b>Mateo quería tener una familia.</b> .....	29
Camila Calvo, 11 años, Salto	
<b>Lupe</b> .....	31
Luján de León, 7 años, Salto	
<b>El niño perdido</b> .....	33
Matías Ustra, 7 años, Salto	
<b>Todos</b> .....	37
Juliana Gil, 15 años, Mercedes, Soriano	

<b>La jauría</b> . . . . .	<b>45</b>
Emilia Bonfiglio Dumich, 17 años, Montevideo Montevideo	
<b>Betty y el hogar</b> . . . . .	<b>53</b>
Azucena Izquierdo, 14 años, La Paz, Canelones	
<b>Ventana</b> . . . . .	<b>63</b>
Aldana Podestá Tuyaré, 16 años, Montevideo	
<b>Un desierto en el mar</b> . . . . .	<b>67</b>
Julieta Rodríguez Videla, 15 años, Florida	
<b>Hace mucho tiempo atrás te castigaban por opinar, te tenías que callar</b> . . . . .	<b>77</b>
Constanza Estrella Sánchez Chávez, 15 años, Montevideo	



